

Gaspar Sciopio, aquel crítico mal acondicionado, que á los mayores hombres mordía sin respeto alguno, llamaba al Brocense *hombre divino*. A Chacon contó el mismo Sciopio por uno de los cuatro supremos críticos que ha habido, dando sólo por compañeros á nuestro español, entre los italianos á Fulvio Ursino, entre los franceses á Adriano Turnebo, y entre los alemanes á Justo Lipsio. Dejando por ahora aparte la suma sabiduría de Luis Vives, su juicio para la crítica se halla altamente encarecido. *Vir præclarissimi iudicii*, se lee en Gaspar Bartio. Y don Nicolás Antonio dice, que en el famoso triunvirato literario de aquella era, compuesto de Erasmo, Guillelmo Budeo y Ludovico Vives, al primero se atribuía por prerogativa principal la elocuencia, al segundo el ingenio, al tercero el juicio.

A más de estos, son colocados generalmente entre los críticos de primera clase el sevillano Alfonso García Matamoros y el ilustrísimo Antonio Agustino. El primero fué uno de aquellos grandes españoles, que se coligaron los primeros para hacer guerra á la barbarie, y dió á luz varios escritos críticos, que logran la comun estimacion. Holgárame infinito de tener el libro que escribió de *Academiis et doctis viris Hispaniæ*, en quien sin duda hallaría copiosos materiales para engrandecer este discurso. Es llamado *Juicio crítico* en el gran *Diccionario histórico*. El segundo fué sin comparacion, mayor que el primero, y tan grande, que para hallar otro mayor que él, es menester buscarle entre las criaturas posibles. Este es, poco más ó menos, el lenguaje en que hablan de él en todas las academias europeas. Uno y otro fueron eminentes en las letras humanas, por lo cual tendrían lugar tan oportuno en el párrafo pasado como en el presente.

No sería razon pasar en silencio á don Nicolás Antonio, autor de la *Biblioteca hispana*, obra, segun la opinion universal, superior á cuantas bibliotecas nacionales han parecido hasta ahora, y que no se pudo hacer, ni sin un trabajo inmenso, ni sin una extension dilatadísima de crítica.

Y vuelvo á advertir, que ni de críticos ni de humanistas he querido hacer memoria, sino de los que han sido muy especialmente eminentes y venerados por tales entre los extranjeros.

§ XIX.

El adorno de las lenguas es una de las cosas á que ménos se han aplicado los españoles. En cuanto á las lenguas vivas, los ha absuelto de la necesidad de aprenderlas, ya la positura de nuestra region en el último extremo de la Europa y del continente, por lo que es menor el comercio con los demas reinos, ya el ser ménos dedicados á la peregrinacion nuestros nacionales, que los individuos de las demas naciones. Así, se puede conceder desde luego, que respecto de la multitud de aquellos, es muy corto el número de los españoles que hayan poseído varios idiomas; pero salvaremos siempre la máxima fundamental de este discurso, que respecto al número de los que se han aplicado á ellos, es grande el de los que han logrado este género de erudicion, y bastó este corto número de aplicados para que España

lograse hombres tan aventajados como los mayores de las demas naciones.

De los que supieron con perfeccion, de las lenguas muertas, la griega y la hebrea, y de las vivas, la francesa y la italiana, no es posible hacer catálogo, porque de muchos ignoro áun los nombres, y los que llegaron á mi noticia son incomprendibles en el breve recinto de este discurso. Así, sólo haré memoria de algunos, que pueden ser admirados como monstruos, por haber aprendido más número de idiomas que el que parece cabe en la comprehension humana, especialmente si se atiende á que juntaron otras muchas ocupaciones con este estudio.

De nuestro famoso historiador el arzobispo don Rodrigo, dice Auberto Mireo, que asistiendo al concilio Lateranense, que se celebró en su tiempo, mostró tanto conocimiento de varios idiomas, que los padres del concilio hicieron juicio, que desde el tiempo de los apóstoles ningun hombre habia sabido tantas lenguas: *Ut miraculi instar patribus esset, tantam hispanum hominem linguarum facultatem assecutum esse, quantam ab apostolorum ætate ulli homini negabant contigisse*.

Si alguna ponderacion puede exceder á esta, es la que en el mismo Auberto Mireo se lee del doctísimo Arias Montano, que supo las lenguas de casi todas las naciones: *Omnium penè gentium linguis, atque literis rarò exemplo excultus*. Esta ya se ve que se debe mirar como expresion hiperbólica. Lo que seguramente podemos creer, sin alguna rebaja, en atencion á la suma modestia de Arias Montano, es lo que él dice de sí mismo, esto es, que sabía diez lenguas. (*In Præfat. in Sacr. Bibl. Reg. edit.*) Fué, digo, tan modesto, humilde y piadoso Arias Montano, que se debe creer que ántes quitaría que añadiría algo de lo que sabía. Se debe advertir, que parte de estas lenguas eran la hebrea, la caldea, la siríaca y la arábica, cuya comprehension es sumamente difícil.

El padre Martin Delrio, harto conocido por sus escritos, supo nueve idiomas: el latino, el griego, el hebreo, el caldeo, el flamenco, el español, el italiano, el frances y el alemán. Testificalo Drexelio. Lo que asombra es, que pudiese aprender tantos idiomas un hombre, que fué juntamente poeta, orador, historiador, escriturario, jurisconsulto y teólogo. Tales espíritus influye el cielo de España.

Fernando de Córdoba (hombre prodigioso sobre todo encarecimiento, de quien se hablará abajo con extension) supo con toda perfeccion las lenguas latina, griega, hebrea, arábica y caldea. Esto es lo que dice nuestro abad Juan Tritemio; pero en Teodoro Gofredo, autor frances, que tuve un tiempo, y ahora no tengo, he leído, si no me engaño, que demas de las expresadas, sabía todas las lenguas vivas de las naciones principales de Europa. Este autor, por ser frances, pudo enterarse bien de la materia, porque Paris fué, como diremos abajo, el teatro donde obstentó todas sus rarísimas prendas este milagro de España.

§ XX.

Letras sagradas.—Si en el número de intérpretes de la Sagrada Escritura quisiésemos comprender los

que lá han explicado en sentido alegórico y moral, para el uso que se hace de ella en el púlpito, bien podríamos asegurar, que España dió más expositores de la Escritura que todo el resto de la Iglesia. Entre los cuales no debe tener el último lugar nuestro Laureto, por su *Silva allegoriarum*, tan aplaudida áun de los extranjeros. Pero á la verdad, de esta ventaja no debemos lisonjarnos mucho, porque el explicar la Escritura de este modo es tan fácil, que cualquiera nacion donde se dedicasen á ese trabajo, podría producir infinito número de expositores. Todo hombre, que es capaz de hacer un sermón, puede exponer cualquiera parte ó libro de la *Biblia*, descubriendo en él moralidades y alegorias para varios asuntos. Y áun esto segundo es mucho más fácil, ya porque es libre y arbitraria la aplicacion á cualquier asunto, ya porque no está cargada de las demas dificultades del arte oratorio, á cuyos preceptos se debe ligar el predicador en la formacion de una oracion regular.

Sólo, pues, hablaremos de los verdaderos y genuinos intérpretes de la divina Escritura, de aquellos sagaces y profundos investigadores del sentido primario que, como el oro en la mina, está muchas veces altamente escondido debajo de la superficie de la letra. En esta arduísima profesion puede España ostentar muchos autores de nota sobresaliente, como Leon de Castro, Pereira, Viegas, Alcázar, Villalpando, Gaspar Sanchez, Maldonado, etc.; pero áun descontando todos éstos, con otros dos solos que muestre (el Abulense y Benito Arias Montano), pondrá terror á todos los extranjeros: *Hi sunt duæ olivæ, et duo candelabra*. Olivas que destilan aquel aceite precioso de la divina palabra, nutritivo de los espíritus; candeleros que ilustran aquellas respetables tinieblas de los sagrados libros. Mas ¿para qué me he de detener en el elogio de dos varones tan singularmente insignes, que ni áun la envidia oculta lo mucho que debe á su mérito?

Añade mucho á la gloria de España en el estudio y pericia escrituraria, el que las dos primeras biblias políglotas, que logró la Iglesia, fueron obras de españoles. La primera es la *Complutense*, que se debe al cuidadoso celo del cardenal Jimenez. La segunda, la *régia*, impresa en Ambéres, debajo de la direccion del nombrado Arias Montano.

Tambien conduce al mismo intento el que de los cuatro principalísimos rabinos, á quienes veneran los judíos, como nosotros á los cuatro santos padres, los tres mayores fueron españoles, conviene á saber: Rabi Moisés Ben Maimon, Rabi David Kimchi y Rabi Aben Ezra. Tambien han sido españoles casi todos los que entre ellos tienen particular fama de erudicion, como se puede ver en don Nicolás Antonio y en la *Biblioteca rabinica* de Bartoloccio. No sea ingrato á la más escrupulosa piedad de nuestra nacion el ver colocada ésta entre las glorias de España, pues verdaderamente lo es. El que errasen en la creencia no es culpa del clima, pues el acertar en esta parte depende enteramente de la gracia divina. El que fuesen dotados de un talento singularísimo, para explicar á su modo la Sagrada Escritura, redundan en aplauso de la patria. Fuera de que, los trabajos de estos tres fueron utilísimos, y dieron

muy importantes luces á los mismos doctores católicos, como confiesan el ilustrísimo Daniel Huet y el docto padre del oratorio Ricardo Simon. No se puede decir que sean sus comentarios absolutamente exentos del transcendental defecto de su secta; pero es cierto que, así como excedieron á todos los demas rabinos en capacidad, mezclaron mucho ménos de supersticion. A los celebrados comentarios de Nicolao de Lira faltaria muchísimo de lo que tienen de plausibles, si para ellos no se hubiera aprovechado copiosamente de los de su paisano Rabi Salomon Jarchi, no obstante que éste fué inferior en doctrina y solidez á los tres rabinos españoles que hemos nombrado.

§ XXI.

Mística.—En el gran *Diccionario histórico*, dentro del largo artículo que trata de España, se leen estas palabras: «La nacion española ha sido excelente en autores ascéticos, que enriquecieron la Iglesia con libros espirituales y de devocion, y se nota, que su lengua tiene una cualidad particular para este género de escritos, porque su gravedad natural da mucho peso á las cosas que se enseñan en ellos.» Esta confesion en unos autores, que hacen en lo demas poca merced á la nacion española, y en quienes poco más arriba noto una contradiccion grosera, que sólo pudo ser efecto de su emulacion nacional, pues habiendo dicho que «los españoles desde el tiempo de Augusto fueron aplaudidos por el ingenio», pocas líneas después añaden, que «el carácter particular de los sabios de España es la gravedad, pero una gravedad opuesta á la sutileza y gentileza de ingenio, que se atribuye á otras algunas naciones»; la confesion, digo, de tales autores en cuanto á la excelencia de los nuestros en las obras ascéticas ó de teología mística, nos absuelve de la necesidad de pruebas sobre este asunto. Pero ¿quién no repara que el atribuir esta ventaja únicamente á la gravedad natural de la lengua es sólo por huir de concederle otra causa más noble? Si los franceses atribuyen á nuestro idioma el carácter de majestuoso y grave, al suyo adjudican el de suave, dulce, amoroso; y para escritos de devocion, cuyo intento no es tanto instruir la mente como mover el afecto, parece que éste habia de ser más oportuno; luego á otra causa distinta de la gravedad del idioma se debe atribuir la excelencia de los españoles en los escritos ascéticos. Más: los mismos franceses admiran y ponderan como cosa altísima, y de lo más sublime que hasta ahora se ha escrito en este género, las obras de santa Teresa y del padre fray Luis de Granada, por la divina eficacia que sienten en estos libros, los cuales, traducidos en su propio idioma (los primeros tradujo Arnoldo de Andilli, y los segundos monsieur Giraldi), áun conservan la misma eficacia; luego no es la gravedad de nuestro idioma quien les da el supremo valor que tienen, sino otra cualidad más esencial, que va siempre con ellos á cualquier idioma en que los trasladen. Débese, pues, atribuir esta excelencia, no á la lengua, sino al espíritu de los españoles, el cual, por cierto género de elevacion, que tiene sobre las cosas sensibles, está más proporcionado para tratar dignamente, asistido de la divina gracia, las soberanas y celestes.

§ XXII.

Varia erudicion.—Uno de los principalísimos capítulos, por donde en la gloria literaria se juzgan superiores á nosotros los extranjeros, es la amplitud de capacidad para abarcar materias y facultades diferentes. Es cierto que en otras naciones es más frecuente que en España aplicarse un mismo sugeto á dos ú tres ó más facultades; acá comunmente no sale de una, á que su inclinacion, necesidad ó destino los aplica; pero esto no depende de falta de comprension en los españoles, ni aquello de mayor extension intelectual en los extranjeros, como no pocos temerariamente imaginan; sino de otros principios, como son, ya el tener los españoles ménos vaga la curiosidad, ya el honrado y honesto deseo de perfeccionarse más y más, sin término, en la facultad á que por profesion se dedican, ya la falta de comodidad para estudiar muchas. Esta última es la causa más ordinaria. Aunque haya, pongo por ejemplo, en este país que yo habito, ó en aquel que me ha dado nacimiento, algunos espíritus de vastísima comprension, capaces de abarcar muchas facultades, como es cierto que los hay, de precision se han de limitar á una ú dos. Faltan profesores que los instruyan en otras, faltan libros donde las estudien, faltan medios para comprar éstos ó para ir á establecerse donde haya aquellos. Doy que haya libros; ¡cuán difícil es instruirse bien por ellos en cualquiera facultad, sin el auxilio de voz viva de maestro! Acuérdomme de haber leído en las *Confesiones* de san Agustín, que en el santo se admiró como prodigio el que, siendo muchacho, entendió los libros de *Categorías* de Aristóteles, sin que nadie se los explicase. ¡Cuánto más difícil es penetrar, no digo ya las ecuaciones de la álgebra ó las secciones cónicas de Apolonio, sino aún el segundo libro de los *Elementos* de Euclides! Así que, del modo que hoy están las cosas, más ingenio ha menester un español, por lo ménos en estas provincias, para tomar una leve tintura de las matemáticas, que un extranjero para hacerse matemático perfecto en su país. En el celebrado monsieur Paschal, uno de los ingenios más sutiles, claros y penetrantes del mundo, se miró como portento el que, sin maestro alguno, se enterase perfectamente de todos los elementos de Euclides; y en verdad que conozco hasta dos españoles á quienes sucedió lo mismo.

No obstante los grandes estorbos, que por acá encontramos, para comprehender varias ciencias, ha tenido España no pocos hombres iguales en esta parte á los mayores y máximos de otras naciones, para cuya demonstracion exhibiré aquí un catálogo de los que han llegado á mi noticia, en que es preciso entren algunos de los que fueron ya nombrados arriba.

Parezcan á la frente de todos, dos grandes prodigios del siglo xvi. El primero es el Abulense, cuyo sepulcro justamente está sellado de aquel singularísimo elogio:

Hic stupor est mundi, qui scibile discutit omne.

«Aquí yace el asombro del mundo, que supo cuanto se puede saber.» El alto sonido de este epitafio representará á muchos haberse propasado á lo hiperbólico; pero no es así, porque realmente fué, es y será siempre

asombro del mundo el Abulense. El padre Antonio Posevino testifica que á los veinte y dos años de edad sabía casi todas las ciencias: *Cum duo et viginti annos explevisset, scientias, disciplinasque penè omnes est assecutus.* (In *Appart. Sacr.*) A vista de esto, no tiene España que envidiar, ni su Juan Pico de la Mirandula á Italia, ni su Jacobo Criton á Escocia. En efecto, parece se demuestra con evidencia, que aún en más corta edad tenía ya el Abulense recogida en la cabeza la inmensa erudicion, que despues esparció en tantos volúmenes. Sin embargo de haber arrebatado la muerte á este gran varon á los cuarenta años de edad, fué tanto lo que escribió, que Auberto Mireo hizo la cuenta de que á cada día de su vida, contándolos todos desde su nacimiento, corresponde pliego y medio de escritura; en cuya atencion, lo sumo que se le puede retardar su aplicacion á escribir, es suponiendo que empezase á hacerlo al llegar á los veinte años. De este modo corresponden tres pliegos cada día. Aun esto parece absolutamente imposible respecto de otras muchas ocupaciones que tuvo, entre las cuales, una fué el viaje y asistencia al concilio de Basilea. Escribiendo tres pliegos cada día, es manifesto que no le podía restar tiempo alguno para estudiar, siendo preciso ocuparlo todo en dictar y escribir; luego es consecuencia necesaria que á los veinte años supiese todo lo que supo un hombre que lo supo todo.

El segundo prodigio del siglo xv fué Fernando de Córdoba, cuya erudicion de lenguas celebramos arriba. Tan descuidados somos los españoles en ostentar nuestras riquezas, que la memoria de este hombre hubiera perecido si los extranjeros no la hubieran conservado. En efecto, del gran teatro de Paris, donde hizo pública demonstracion de sus muchas y rarisimas prendas, salió á todo el mundo la noticia. Pondré aquí traducido en castellano, el testimonio, nada sospechoso, de nuestro ilustre abad Juan Tritemio, como se lee en su *Chronicom Spanheimense*, al año de 1501.

«Estando escribiendo esto, nos ocurre á la memoria Fernando de Córdoba, el cual, siendo jóven de veinte años, y graduado ya de doctor en artes, medicina y teología, vino de España á Francia el año de 1445, y á toda la escuela parisiense asombró con su admirable sabiduría; porque era doctísimo en todas las facultades pertenecientes á las sagradas letras, honestísimo en vida y conversacion, muy humilde y respetuoso. Sabía de memoria toda la Biblia, los escritos de Nicolao de Lyra, de Santo Tomás de Aquino, de Alejandro de Hales, de Scotto, de San Buenaventura y de otros muchos principales teólogos; tambien todos los libros de uno y otro derecho. Asimismo tenía en la uña, como se suele decir, los de Avicena, Galeno, Hipócrates, Aristóteles, Alberto Magno, y otros muchos libros y comentarios de filosofía y metafísica. En las alegaciones era prontísimo, en la disputa agudísimo. Finalmente, sabía con perfeccion las lenguas hebrea, griega, latina, arábica y caldea. Habiéndole enviado el rey de Castilla por embajador á Roma, en todas las universidades de Francia é Italia tuvo públicas disputas, en que convenció á todos, y nadie le convenció á él, ni aún en la más minima cosa. El juicio que de él hicieron los doctores parisienses fué vario:

unos le tuvieron por mago, otros sentian lo contrario, y no faltaron quienes dijesen, que un hombre tan prodigiosamente sabio era imposible que no fuese el Anti-Cristo.» Hasta aquí Tritemio.

Teodoro Cofredo añade, sobre lo que refiere Tritemio, que sabía otras muchas lenguas, jugaba las armas con suma destreza, tañia todo género de instrumentos músicos con gran primor, y pintaba con exquisitísimo arte. No se sabe qué se hizo despues este fénix ni cuándo murió. Por lo que mira á la sospecha de magia, que Tritemio atribuye á algunos doctores parisienses, nada debe embarazarnos. Ésta es una cantinela repetida de todos los hombres adornados de dotes sumamente extraordinarias, y fundada únicamente en la ridícula aprension de que los que se elevan mucho sobre la ordinaria sabiduría, pasan de los términos á donde puede llegar nuestra naturaleza. Llámola aprension ridícula, porque las facultades discursiva y memorativa del hombre no tienen en lo posible término alguno. Puede Dios criar hombres más y más hábiles en estas dos facultades (lo mismo en todas las demas), sin encontrar jamas alguna raya de donde no pueda pasar su virtud productiva.

Sólo una objecion se me puede proponer, que parecerá á muchos indisoluble, y es, que aún concediendo que la memoria de nuestro Córdoba fuese tan comprehensiva y tenaz, que retuviese firmemente todo lo que leía una vez, aún subsiste un capricho de imposibilidad para que supiese de memoria tantos escritos como arriba se dijo. La razon es, porque á los veinte años de edad, lo más que se le puede dar son diez y seis ó diez y siete de letura, y en este espacio de tiempo, aunque estuviese leyendo continuamente, no podía leer tanto número de volúmenes, especialmente si á esto se añaden otros muchos, que era preciso estudiar para aprender tantas lenguas. Fuera de que, tambien era imposible dar todo el tiempo á la letura, pues sobre el que pide para sus comunes menesteres la vida humana, era forzoso reservar una buena porcion para aprender á pintar, tañer, esgrimir, etc.

Esta objecion, aunque, como he dicho, parecerá á muchos un nudo gordiano de imposible solucion, se desata fácilmente sólo con advertir, que así como el exceso posible de unos hombres á otros en ingenio, memoria, robustez, agilidad, etc., es inmenso, lo mismo sucede en la velocidad de leer: unos leen con torpísima pesadez, algunos con exquisita agilidad. Hay quien en una hora apenas arriba á dos pliegos, y hay quien lee veinte pliegos en una hora. Esto en parte consiste en el ménos ó más agil movimiento de los músculos de los ojos, y en parte en la mayor ó menor prontitud mental en percibir la figura, complexion y significacion de los caracteres. Como ésta es una habilidad que no da estimacion á la persona, podré, sin faltar á la modestia, decir que yo soy algo feliz sobre este capítulo, pues aplicándome con algun conato, leo mentalmente doblado de lo que un hombre de lengua veloz puede articular. Habrá quien lea con duplicada ó triplicada velocidad que yo, por el principio que acabamos de establecer. Esto supuesto, se convence naturalmente posible que Fernando de Córdoba á los veinte años tuviese leídos, no

una sola, sino dos y tres veces los libros que se expresaron arriba. Esta apología puede servir tambien á Juan Pico de la Mirandula, que padeció en la aprehension de muchos la misma calumnia; pues aunque ya le defendió de ella muy de intento Gabriel Naudé, en su docto libro titulado *Apologia por los grandes hombres sospechados de magia*, como no se hizo cargo de la objecion que hemos propuesto, ni para él ni para otros está por demas lo que acabamos de razonar sobre su asunto.

Los dos héroes literarios que hemos nombrado bastan para honra de la nacion, pues no hay otra alguna que pueda jactarse de tener otros dos iguales á éstos, ni se encuentran entre todas las extranjeras juntas sino otros dos: el italiano Juan Pico, y el escocés Jacobo Criton. Sin embargo, añadirémos otros algunos españoles que fueron admirados por su vasta erudicion (1).

(1) Aunque nadie puede justamente acusarnos de haber omitido no pocos españoles, que pudieran tener lugar en el catálogo de los que fueron dotados de amplísima erudicion, ya porque seria tedioso al lector engrosar mucho su número, ya porque, no llegando la amplitud de erudicion á cierto punto en que pueda admirarse como portento, no da algun especial lustre á la nacion; contemplamos, no obstante, que uno de los omitidos podría estar justamente quejoso, si la omision no fuese puramente ocasionada de falta de ocurrencia á la memoria, porque le falta poco ó nada para hombrar con aquellos dos milagros españoles, el Abulense y Fernando de Córdoba. Éste es el famoso lusitano fray Francisco Macedo, de el orden seráfico, grande esplendor de su religion y de su patria. Copiaré aquí, lo primero, lo que de este gran varon dice el señor don Juan Brancaccio, en su *Ars memoria vindicata*, pág. 179, traducéndolo de el latino á nuestro idioma.

«El padre Francisco Macedo fué eximio teólogo, filósofo insigne, peritísimo en uno y otro derecho civil y canónico, orador elocuente, poeta de admirable facilidad; de modo que preguntado sobre cualquier asunto, al momento daba la respuesta en verso. Sabía las historias de todos los pueblos, de todas las edades, las sucesiones de los imperios, la historia eclesiástica. Poseía, fuera de la nativa, veinte y dos lenguas. Tenía de memoria todas las obras de Ciceron, de Salustio, de Tito Livio, de César, Carcio, Paterculo, Suetonio, Tácito, Virgilio, Ovidio, Horacio, Catulo, Tibulo, Propercio, Stacio, Silio, Claudiano. No se halló cosa tan obscura ó impenetrable en algun escritor antiguo, latino, griego ó hebreo, preguntado sobre la cual, no respondiese al punto. Era ciertamente biblioteca de todas las ciencias y oráculo comun de toda Europa.»

Refiere luego el señor Brancaccio las conclusiones que, con asombro de el mundo, sustentó en Venecia, por espacio de ocho dias, dando libertad á todos los que concurriesen para que le propusiesen ó preguntasen lo que cada uno quisiese sobre una amplitud de materias admirable que ofreció al público, divididas en los siguientes capítulos:

I.—De la Sagrada Escritura, así de el Viejo como de el Nuevo Testamento; de sus sentidos, versiones é interpretacion.

II.—De la serie de los pontífices romanos, sucesion y autoridad suprema; de los concilios ecuménicos, de sus causas, presidentes y doctrina.

III.—De la historia eclesiástica, así de Adan hasta Cristo, como desde Cristo hasta el año presente.

IV.—De la edad y doctrina de los santos padres latinos y griegos, principalmente de San Agustín, cuyas obras se expondrán, traeránse las sentencias y se defenderán.

V.—De toda la filosofía y teología especulativa y moral, y de sus escuelas, especialmente de la scótica, tomística y jesuitica; de los sagrados cánones, institutas y libros de el derecho civil.

VI.—De la historia griega, latina, bárbara, especialmente de la de Italia y Venecia.

VII.—De la retórica, de su arte y método reducido á uso, de modo, que orará de repente á cualquiera asunto que se le ponga. Parece que este es el sentido de la cláusula: *Ad usum ita redacta, ut quancumque quis questionem dicenti ponat, de ea ex tempore dicentem audiat*; pues responder precisamente á las pre-

De Luis Vives dice Isac Bullart, que adquirió un conocimiento tan universal de las letras, que asombró á los máximos maestros de las más célebres academias europeas: *Quarum tam universalem notitiam sibi comparavit, ut maximos celeberrimarum academiarum Europæ magistros in sui admirationem rapuerit.* (Apud. Popebl.)

De Antonio de Nebrija, conocido en nuestras aulas sólo por un gramático insigne, se lee lo siguiente en el gran *Diccionario histórico*: «Habiendo estudiado en Salamanca, y despues pasado á Italia, paró en la universidad de Bolonia, donde adquirió una literatura tan universal, que generalmente le acreditó, no sólo de un docto gramático, mas aún del hombre más sabio de su tiempo. Demas de las lenguas y las bellas letras, sabía también las matemáticas, jurisprudencia, medicina y teología, etc.»

En Pedro Chacon celebró el Tuano un conocimiento universal y profundo de todas las ciencias: *Vir exquisita in omni scientiarum genere cognitione clarus.* (Libro iv.) Jano Nicio Erithreo le llamó *tesoro lleno de todas las doctrinas.* (Apud. Popebl.)

Cuando no fuese notoria la vastísima erudicion de Benito Arias Montano, bastaria para acreditarla el testimonio de Justo Lipsio, el cual en una epistola le dice, que en él se hallan juntas todas las doctrinas, que divididas se hacen admirar en otros hombres: *Quæ singula mirari in homine solemus, Benedicte Aria, ea consecutum te possum dicere universa.*

El padre Martin Delrio, español por origen, aunque flamenco por nacimiento, fué otro prodigio de doctrina

guntas que se hiciesen en esta materia, nada tendria de admirable. Sin duda que de ea ex tempore dicentem audiat, significa mucho más.

VIII. — De la poética, según la mente de Aristóteles; de sus formas y versos; de los poetas principales, griegos, latinos, italianos, españoles, franceses; y cualquiera materia que se le proponga prontamente la describirá en verso.

No nos dice el señor Brancaccio qué suceso tuvo este desafio literario; pero le explica el padre Arcángelo de Parma, en una carta que sobre el asunto escribió al cardenal de Noris. «Estas tesis (dice, hablando de las de arriba propuestas), recibidas de todos con suma expectacion y admiracion, mantuvo el padre Macedo con felicísimo suceso, hallándose presentes muchos senadores y nobles de la república y gran número de doctores y religiosos, aún de los extrangeros, que la fama había atraído. Tentáronle con innumerables preguntas y argumentos varios doctores y maestros de todas las órdenes, respondiéndole á él todos, como si tuviese muy de antemano meditadas las respuestas, con tanta felicidad, que nunca se le vió titubear, dudar ó detenerse; antes sucedió muchas veces, que olvidándose los arguyentes de algo que iban á proponer, ó recitándolo mal, él les sugeria lo que debian decir, ó corregia lo que habían dicho. Entre quienes hubo uno que había citado mal un texto de la Escritura, otro que había olvidado un pasaje de Virgilio, y otro que había alegado algunos autores sospechosos á favor de su sentencia. Al primero, pues, corrigió el texto de la Escritura, al segundo suministró los versos de Virgilio, y al tercero, removiéndole los autores sospechosos, substituyó por ellos á otros idóneos.»

En Roma hizo otra prueba semejante, manteniendo conclusiones por tres dias de omni scibili, que es la expresion que usa el conde Julio Clemente Scot, que lo refiere.

Lamentó un autor la escasez de la fortuna con un hombre tan grande, con las propias voces con que el padre Macedo, en una de sus obras, había lamentado lo poco que había sido atendido de la suerte el sabio abad Hilarion Rancati: *Et tamen, tantus hic vir domesticis dumtaxat insignitus honoribus, occubuit et monastico indutus habitu sepeletur.*

universal. Auberto Mireo sienta que «se había enterado tan perfectamente de todos los poetas, oradores, historiadores sagrados y profanos, filósofos, teólogos, en fin, de los escritores de todas las ciencias, que parecia que ya sabía todo lo que se puede saber. Antonio Sanderero le llama varon de los máximos de su siglo, poeta, orador, historiador, jurisconsulto, teólogo y peritísimo en varios idiomas». Podria añadir «expositor insigne de la Escritura». Ni es para omitir lo que de él afirma el bibliotecario jesuita Felipe Alegambe, que á los diez y nueve años de edad compuso unas anotaciones ó emiendas á Séneca, donde juntó y examinó con profundo juicio sentencias de mil y cien autores, poco más ó ménos.

§ XXIII.

Añado que en estos tiempos he conócido ingenios capaces de adquirir toda la erudicion, que hemos celebrado en los españoles comprendidos en el pasado catálogo, exceptuando los dos primeros. Tal fué don Francisco Bernardo de Quirós y Benavides, natural de este país, y de la primera nobleza de él, teniente coronel del regimiento de Astúrias, que murió lastimosamente, de edad temprana, en la batalla de Zaragoza. Era sugeto de exquisita vivacidad y penetracion, de portentosa facilidad y elegancia en explicarse, de admirable facultad memorativa, insigne poeta, historiador, humanista, matemático, filósofo. Sobre todo, la valentia de su núnem poético, y la gracia y agudeza de su conversacion, tanto en lo festivo como en lo serio, excedian á cuanto yo puedo explicar. Certifico, que las pocas veces que logré oírle me tenía absorto y sin aliento para hablar una palabra, tanto por no interrumpir la corriente de las preciosidades que derramaba, cuanto por conocer, que todo lo que yo podria decir pareceria cosa vil á vista de la variedad y hermosura de sus noticias, juntas con la facilidad, energía y delicadeza de sus expresiones.

Mi religion tiene un sugeto, que en la edad de treinta y cinco años es un milagro de erudicion en todo género de letras, divinas y humanas. En cualquiera materia que se toque, da tan prontas, tan individuadas las noticias, que no parecen se oyen de su boca, sino que se leen en los mismos autores de donde las bebió. Es de tan feliz memoria como de ágil y penetrante discurso; por lo que las muchas especies que vierte á todos asuntos salen apuradas con una util y juiciosa crítica. En sugeto tan admirable sólo se reconoce un defecto, y es, que peca de nimia, ó muy delicada su modestia. Es tan enemigo de que le aplaudan, que huye de que le conozcan. De aquí, y de su grande amor al retiro de su estudio, pende, que asistiendo en un gran teatro, es tan ignorado como si viviese en un desierto. Bien veo que el lector querria conocer á un sugeto de tan peregrinas prendas; pero no me atrevo á nombrarle, porque sé que es ofenderle (*).

La ternura del filial afecto no me permite dejar de hacer aquí alguna memoria de mi padre y señor, don Antonio Feijoo Montenegro, á quien celebraré, no por lo que fué en materia de literatura, sino por lo que pu-

(*) Créese que alude aquí á su discípulo el padre fray Martin Sarmiento, digno de este gran elogio. (V. F.)

diera ser, si por destino hubiese aplicado á ella los extraordinarios talentos con que le había adornado la naturaleza, bien que tuvo lo que sobraba para su estado. Era dotado de una memoria facilísima en aprender, y firme igualmente en retener. Oí decir á un discípulo suyo, que siendo niño estudiaba treientos versos de Virgilio en una hora. La claridad y prontitud del discurso no eran inferiores á la tenacidad de la memoria. No gastó más tiempo en estudiar la gramática que un año, y puedo asegurar que no vi gramático más perfecto. Sucedió alguna vez, por apuesta, dictar cuatro cartas á un tiempo. Ya sé que quedaba muy inferior á Julio César, el cual dictaba siete. Era facilísimo en la poesia. Vile varias veces dictar dos y tres hojas de muy hermosos versos, sin que el amanuense suspendiese la pluma ni un instante. Tenía sazoadísimos dichos. Podria, de los que me acuerdo, hacer una tercera parte de la *Floresta española*, pero esta gracia sólo se gozaba en el trato con los de afuera, porque con los domésticos mantenía siempre una seriedad rigida. Gozaba una facilidad maravillosa en la conversacion, ora fuese grave, ora festiva. Ya por ella, ya por la abundantísima copia de noticias en todo género de asuntos, lograba siempre una superioridad como despótica en cualesquiera concurrencias; de suerte, que aún los sugetos de superior carácter al suyo le escuchaban con aquél género de respeto con que mira el humilde al poderoso. Duélome que no me dejó la herencia, sino la envidia, de sus talentos; pero mucho más la de sus cristianas virtudes, que en nada fueron desiguales á sus intelectuales dotes.

§ XXIV.

Inventiva. — Para acabar de vindicar el crédito de los ingenios españoles de las limitaciones que les ponen los extrangeros, aún nos resta un capítulo substancial sobre que discurrir, que es el de la invencion. Conceden á la verdad muchos á nuestros nacionales habilidad y penetracion para discurrir sobre cualesquiera ciencias y artes, pero negándoles aquella facultad intelectual, llamada *inventiva*, que se requiere para nuevos descubrimientos, que es lo mismo que decir, que cultivan bien el terreno que encuentran desmontado, ó profundan la mina que les entregan descubierta; pero les falta fuerza para desmontar el terreno, ó sagacidad para descubrir la mina. Sobre cuyo asunto, nos dan en los ojos con los innumerables inventos que en todo género de materias han ennoblecido á otras naciones, pretendiéndole que la nuestra apenas puede ostentar alguno, que sea produccion suya.

Si quisiese decir, que los nuevos inventos son más hijos del acaso que del ingenio, y por consiguiente, en esta parte los extrangeros no pueden pretender sobre los españoles otra prerogativa que la de más afortunados, diria lo que mucho há dijo con gran fundamento Bacon de Verulamio. Bertoldo Schuwart, inventor (según la opinion comun) de la pólvora, estaba muy lejos de buscar con designio formado esta furiosa composicion. Mostróle su actividad el acaso de saltar una chispa en los materiales que tenía prevenidos para otro efecto. Jacobo Mecio encontró el telescopio sin haber

pensado jamas en tal cosa, por la casualidad de mirar dos vidrios puestos, en rectitud uno y otro á tal distancia, cuya formacion destinaba á otro intento muy diferente. El uso de la aguja tocada del iman para observar el polo, es evidente que no fué descubierto por alguna meditacion ordenada á ese fin, sino por la imprevista y accidental observacion de su direccion á aquel punto de la esfera. Las más exquisitas preparaciones de los metales no se buscaban cuando se lograron. Presentólas el acaso en el curso de las operaciones destinadas á la química investigacion de la piedra filosofal. De suerte que esto de inventar, por lo comun, es mera felicidad; sucediendo lo que al labrador, que arando el campo descubre un tesoro, ó lo que al otro, que revolviendo mucha tierra para descubrir un tesoro, hizo muy fructífero el campo. Finalmente, puede humillar la vanidad de los inventores la consideracion de que de esta gloria también participan algunos brutos. Traslado á la medicina, que á ellos se reconoce deudora del descubrimiento de varios remedios, como á la ave ibis de la ayuda ó clister, al hipopótamo de la sangría, al ciervo del dictamno, á la golondrina de la celidonia, etc.

Pero, ahora sea la invencion parto del arte ó de la fortuna, mostraremos que España no ha padecido sobre este capítulo la infecundidad que se le atribuye, sacando á luz varios inventos que debe el mundo á nuestra region.

Por lo que dice Estrabon, tratando de España, se colige claramente que la invencion de máquinas para sacar los metales de las minas, y asimismo la de las preparaciones necesarias para purificar el oro (entrambas, como es claro, utilísimas), fueron produccion de los españoles, á quienes celebra como ingeniosísimos sobre todas las naciones del orbe en éste género de operaciones.

Plinio, libro xxv, capítulo viii, dice, como ya apuntamos arriba, que los españoles descubrieron más yerbas medicinales que las demas naciones.

Los españoles fueron los primeros que navegaron por altura de polo, inventando instrumentos para su observacion, según refiere Manuel Pinetel, en su *Arte de navegar*.

El conde Pedro Navarro, guerrero, igualmente bravo que ingenioso, en tiempo de los Reyes Católicos, inventó para la expugnacion de las plazas el uso de las minas, aquella horrible máquina que hace el milagro de que vuelen, no sólo los hombres, mas aún murallas y riscos. La introduccion de la pólvora en los cañones imitaba truenos y rayos; su aplicacion á las minas excede el horror de los terremotos.

El ilustrísimo Antonio Agustino fué el primer autor de la ciencia medallistica, auxilio grande para la historia, pues la luz que dan las inscripciones, figuras y adornos de las medallas ilustra muchos espacios de la antigüedad, cubiertos ántes de espesas sombras. Siguióle Fulvio Ursino en Italia, Uvolfango Lacio en Alemania, Huberto Goltzio en Flándes. Recayó despues este estudio en los franceses, que hoy le cultivan con grande aplicacion. Y veis aquí que España, donde tuvo su origen este noble arte, se estuvo despues mano so-

bre mano, sin que algun hijo suyo haya querido contribuir algo á su perfeccion. Aun he dicho poco. Creo que hay poquísimos en España que sepan que este arte, con cuyo estudio hacen hoy tanto ruido los extranjeros, trabajando en él con innumerables escritos, debe su nacimiento á un español. Notable es nuestro descuido en todo lo que toca á nuestra gloria. El libro que escribió Antonio Agustino sobre la expresada materia se ha hecho tan raro, que un inglés que el año pasado andaba buscando en España libros exquisitos para algunas bibliotecas anglicanas, y deseaba con grandes ansias algunos ejemplares de aquél, sólo pudo encontrar uno, por el cual dió cincuenta doblones, publicando que daría el mismo precio por otro cualquiera que se hallase. Quisiera que por lo ménos imitásemos á los rodios, los cuales, segun cuenta Plinio, aunque ántes no hacian caso de las obras del insigne pintor Protogenes, paisano suyo, empezaron á estimarlas, desde que vieron que un extranjero las compraba á precio muy subido.

La famosa doña Oliva de Sabuco descubrió para el uso de la medicina el *suco nerveo*, que á tantos millares de médicos y por tantos siglos se habia ocultado, hasta que los ojos linceos de esta sagacísima española vieron aquel tenuísimo licor, á quien debemos la conservacion de la vida mientras goza su estado natural, y que ocasiona infinitas enfermedades con su corrupcion. El descuido de los españoles con esta invencion áun fué mayor que con la antecedente; pues se olvidó tanto por acá, así ella como su autora, que despues se espació por el mundo como descubrimiento hecho por algun ingenio anglicano.

Las invenciones de várias máquinas hechas por los españoles en la América para desagües de las minas, beneficio de los metales, labor de azúcar y tabaco, merecen que se haga esta general memoria de ellas; pero individualizarlas sería cosa prolija. Sólo haré mencion particular de los hornos de Guancabielca y de la Habana, para la fundicion del azogue y formacion del azúcar, donde, sin otro combustible que paja, por la disposicion interior de la oficina, se enciende un fuego más activo que si fuera de encina ó roble.

Hay hoy en Madrid un artífice ingeniosísimo y de peregrina inventiva, llamado Sebastian Flores, del cual me escribió lo siguiente, habrá cosa de ocho meses, un personaje digno de toda fe:

«Sebastian de Flores, maestro cerrajero, y quien trabaja con perfeccion de cuchillería, ha inventado y tiene puesto un torno en que se hacen todo género de molduras de hierro en cualquier pieza que pese de media libra hasta cien arrobas, en cuyo uso sólo se ocupan dos hombres, uno para mover la rueda, y otro para moldar, habiendo acertado á dar á los hierros un temple durable, y con que trabajan con tanta facilidad como si fuera en cera. Con este artificio se hace en un día lo que en otros tornos se tardan diez, y trabajándolo á mano el más largo oficial, no puede acabarlo en cuatro meses. El mismo ha inventado unos moldes en que amoldar el hierro para remates, botones y várias hojas y adornos de rejas; de forma que lo que el más diestro oficial hace en un día, se consigue con imponderable perfeccion en una hora.»

Del mismo artífice se me avisó en otra carta que inventó modo nuevo de hacer acero del hierro, de que se hizo exámen delante de los diputados, que para este efecto señaló la junta de Comercio, entregándole sellada con marca particular una barra de hierro, la cual les volvió convertida en acero. Pide que le den veinte años de franqueza, y se obliga á dar el acero más barato en una tercera parte que el que venden los extranjeros; cuya proposicion há algun tiempo que se examina en la junta de Comercio.

Don Nicolás Peinado y Valenzuela, natural de la villa de Moya, de profesion matemático, ingeniero agudísimo, y maestro principal de moneda que ha sido en el real ingenio de Cuenca, adelantó y perficionó poco há con una preciosísima invencion la máquina, de que para este efecto se servian en Holanda y Portugal, con que le quitó el riesgo que tenía para los obreros, la hizo de más dulce y fácil manejo, y lo más admirable es, que habiendo aumentado la potencia motriz de la máquina, lo que necesariamente hace mas tarde el movimiento, se logra, sin embargo, tirar una cuarta parte más de plata que ántes.

De intento he reservado para el fin, por cerrar con llave de oro este discurso y todo el libro, la más noble invencion española y que con gran derecho puede pretender la preferencia sobre las más ilustres de todo el resto del mundo. Ésta es el arte de hacer hablar los mudos, que lo son por sordera nativa. La gloria que resulta á España de este gran descubrimiento se la debe España á la religion de San Benito, pues fué su autor nuestro monje fray Pedro Ponce, hijo del real monasterio de Sahagun. Dan fe de ello, demas de nuestro cronista el maestro Yepes, Francisco Váles, en su *Filosofía sacra*, capítulo III, y el maestro Ambrosio de Morales, en el libro que escribió de las *Antigüedades de España*. Váles, en el testimonio que da del hecho, dice que el inventor era, no sólo conocido, sino amigo suyo: *Petrus Pontius, monachus Sancti Benedicti, amicus meus, qui res mirabilis! natos surdos docebat loqui, etc.* «Pedro Ponce, monje benedictino, amigo mio, el cual, ¡cosa admirable! enseñaba á hablar á los sordos de nacimiento,» etc. Ambrosio de Morales, que fué testigo del hecho, hablando de los sugetos eminentes de España, señala dos singularísimos, uno en las fuerzas corporales, otro en la valentía de ingenio; de los cuales, el primero es Diego García de Paredes, aquel robustísimo jayán, á cuya pujanza invencible apenas resistian murallas de diamante; el segundo, nuestro monje fray Pedro Ponce, del cual habla en esta forma:

«Otro insigne español, de ingenio peregrino y de industria increíble, si no la hubiéramos visto, es el que ha enseñado á hablar los mudos con arte perfecta que él ha inventado, y es el padre fray Pedro Ponce, monje del orden de san Benito, que ha mostrado hablar á dos hermanos y una hermana del Condestable, mudos, y ahora muestra á un hijo del justicia de Aragon. Y para que la maravilla sea mayor, quédanse con la sordera profundísima que les causa el no hablar; así se les habla por señas ó se les escribe, y ellos responden luego de palabra, y tambien escriben muy concertadamente una carta y cualesquiera cosa.» Prosigue Morales di-

ciendo, que tenía en su poder un papel escrito por uno de los hermanos del Condestable, llamado don Pedro de Velasco, en el cual referia cómo el padre Ponce le habia enseñado á hablar.

Este arte sigue orden inverso respecto de la comun enseñanza; pues como en lo regular primero aprenden los hombres á hablar y despues á escribir, aquí primero se les enseña á escribir y despues á hablar. Dase principio por la escritura de todas las letras del alfabeto; consiguientemente se les instruye en la articulacion propia de cada letra, mostrándoles la inflexion, movimiento y positura de lengua, dientes y labios que pide dicha articulacion; pásase despues á la union de unas letras con otras para formar las palabras, etc.

Una cosa es sumamente admirable en el inventor de este arte, y es, que no sólo le inventase, sino que le pusiese en su perfeccion, como consta del testimonio de Ambrosio de Morales. Para que se comprenda la suprema dificultad que esto tiene en la materia presente, se debe notar que, al contrario de otras invenciones, donde hecho el primer descubrimiento, encuentra el discurso todos los progresos, digámoslo así, á paso llano, en el arte de enseñar á hablar los mudos los progresos son mucho mas difíciles que el principio. Apenas se da paso en la instruccion, que no haya costado al inventor un grande esfuerzo de ingenio.

Aquí ocurre motivo para lamentarnos de la comun fatalidad de los españoles, de dos siglos á esta parte, que las riquezas de su país, sin exceptuar aquellas que son produccion del ingenio, las hayan de gozar más los extranjeros que ellos. Nació en España el arte que enseña á hablar los mudos, y pienso que no hay ni hubo mucho tiempo há en España quien quisiese cultivarla y aprovecharse de ella, al paso que los extranjeros se han utilizado y utilizan muy bien en esta invencion.

Sic vos, non vobis, mellificatis apes.

De las *Memorias de Trevoux* del año 1701, consta que mister Wallis, profesor de matemáticas en la universidad de Oxford, y monsieur Amman, médico holandes, ejercieron felizmente este arte, en beneficio de muchos mudos, á los fines del siglo pasado y principios del presente. Uno y otro dieron á luz el método de enseñarlos, primero el inglés, despues el holandés. Y lo que se debe extrañar en dichas memorias es, que le dan el nombre de *nuevo método*; ¡como si alguno de ellos, ó entrambos, fuesen los inventores, habiendo ciento y cincuenta años ántes discurrido y ejercitado el mismo método nuestro benedictino español!

Sic vos, non vobis, vellera fertis oves

ADICION.

Entre los españoles célebres por su vária erudicion, se omitieron dos singularísimos: el uno por falta de ocurrencia, el otro por no tener mas que unas noticias confusas de él, cuando escribiamos sobre aquel artículo; y á uno y otro debemos especial memoria, no sólo por sus portentosos talentos, mas tambien porque uno y otro fueron, en cierto modo, hijos espirituales de nuestra religion, habiendo recibido entrambos el sagrado

bautismo en nuestro monasterio parroquial de San Martín de Madrid.

El primero es el ilustrísimo señor Caramuel, cuya gloria no sólo toca á la religion benedictina por el capítulo expresado, pero tambien por otro más propio; pues no sólo profesó nuestra santa regla en la congregacion cisterciense, sino que tambien fué dignísimo abad de monasterios benedictinos; hombre verdaderamente divino, cuya universal y eminente erudicion está inconcusamente acreditada con los innumerables volúmenes, que dió á luz, y admira el mundo en todo género de letras. Aun sus mismos enemigos, como lo fué el autor del *Anticaramuel*, le confiesan ingenio como ocho, esto es, en el supremo grado; y un autor, citado en el gran *Diccionario histórico*, no dudó asegurar que si Dios dejase perecer las ciencias todas en todas las universidades del mundo, como Caramuel se conservase, él solo bastaria para restablecerlas en el sér que hoy tienen. Pero el más sólido blason de Caramuel es haber convertido, con la fuerza y sutileza de sus argumentos, treinta y seis mil herejes á la religion católica.

El segundo es un niño de nueve á diez años que hoy vive en Paris, y es asombro de Paris y de toda la Francia. La *Gaceta* de España dió noticia de él, como de un rarísimo milagro, cuando no tenía más que seis años. Pero no acordándome yo con individuacion de lo que decia de él, solicité por medio de un amigo informacion exacta de la literatura de este niño prodigioso en el estado presente, la que conseguí en una carta, que el amigo me remitió de otro suyo, á quien habia preguntado, porque sabia que éste habia recibido una relación puntual de Paris sobre el asunto. La carta llegó á mis manos ya concluido este discurso, y es del tenor siguiente:

«Amigo y señor mio: No es fácil que pueda yo complacer á usted plenamente, como quisiera, en la especificacion de todas las circunstancias, que hacen extraordinario y prodigioso el célebre españolito que ha hecho y hace la justa admiracion de Paris y del mundo todo. No es fácil, digo, porque la relación puntual que tuve y leí á usted del portentoso progreso de este niño, habiéndola recibido en Madrid ya con el pié en el estribo para Badajoz, no sé qué lize de ella; y la que yo puedo hacer de memoria será muy imperfecta. Lo que puedo decir á usted es, que el tal niño nació en Madrid el año de 1721 y se bautizó en la parroquia de San Martín. No me acuerdo á punto fijo quiénes fueron sus padres, y sólo sé que desde sus primeros años se encargó el abate Duplessis, entónces bibliotecario del Rey, de su educacion; de modo que cuando el niño empezó á hablar se halló en los brazos de tan insigne maestro; porque es menester saber, que este frances es el más habil hombre que yo he tratado en el conocimiento de las lenguas griega, latina, inglesa, italiana, española y la suya natural, y asimismo el más ameno en todo género de la más selecta erudicion. La aplicacion incomparable, pues, de este hombre, todo dedicado á formar un prodigio de este niño, consiguió que á la edad de ocho años, áun no cumplidos, le tuviese en estado de producirlo públicamente en Versalles, presentarlo al cardenal de Fleuri, y exponerlo á que el que quisiese le propusiese cuestiones sobre la física y sobre las partes más especiosas de